

**LA ARAUCANA DE ALONSO DE ERCILLA: EN UN NUEVO CONTEXTO
NACIONAL (1880-1920)**

The Araucana by Alonso de Ercilla and a new national context (1880-1920)

BERNARDO SUBERCASEAUX

Universidad de Chile

besuberc@uchile.cl

Resumen

El artículo examina la recepción y las distintas lecturas que tuvo *La Araucana* en Chile, en las últimas décadas del siglo XIX. También la modalidad de esas lecturas que obedecen a un nacionalismo distinto al nacionalismo liberal decimonónico. Describe las características de un nuevo imaginario de la nación y la incidencia que él tuvo en la recepción de la obra de Ercilla. Ejemplifica este proceso en su chilenización tanto en la historiografía literaria como en el campo editorial, también en el nacionalismo musical y en los debates del llamado *araucanismo científico* y en la idea de una supuesta *Raza Chilena*. Por último, establece una vinculación con otros artículos del mismo autor que contribuyen al estudio de la recepción y la resemantización de *La Araucana* desde el siglo XVI hasta el XIX.

Palabras clave: Recepción; nuevo nacionalismo; chilenización; social darwinismo; raza.

Abstract

The article examines the reception and different readings that *La Araucana* had in Chile, in the last decades of the 19th century and first decades of the 20th century. At the same time, the modality in which these readings are part of a nationalism that differs from the liberal nationalism of the 19th Century. It outlines the characteristics of the new imaginary of the nation and the impact it had in the reception of Ercilla's work. The article follows the chilenization of *La Araucana* in literary historiography and in the publishing field, also in musical nationalism and in the debates of the so called scientific Araucanismo and in the idea of a supposed Chilean Race. Finally, it establishes a link with other articles by the same author that contribute to the study of the reception and resemantization of *La Araucana*.

Key words: Reception; New nationalism; Chileanization; Social darwinism; Race

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del XX se hace patente en Chile un clima intelectual y un contexto socio-histórico que inciden en la recepción de *La Araucana*. Son años en que sectores de capas medias y populares dejan de ser sectores y pasan a ser actores, actores políticos, sociales y culturales. Discursivamente se reformula la idea de nación hacia un mestizaje de connotaciones biológicas o culturales, confiriéndole al Estado, en las primeras décadas, un rol preponderante como agente de

Recibido: 26 febrero 2021

Aceptado: 27 mayo 2021

integración y armonía social. El “roto” y más tarde el “huaso” pasan a ser figuras icónicas de la chilenidad, tematizadas literariamente. Se trata de una reelaboración identitaria en un contexto de crisis y división del dominio oligárquico, de incremento de la migración desde el campo a la ciudad y a las salitreras. Un escenario que propende a un nacionalismo desde una perspectiva de integración, un nuevo escenario que en medio de cambios modernizantes abre espacios culturales a la nostalgia por lo propio. Paralelamente se hace presente la “cuestión social”, la vida miserable en los conventillos y huelgas como la de la carne en 1905. Se va generando así un imaginario de la nación que de manera subrepticia coapta a los sectores contestatarios, un nacionalismo que apunta a mantener la cohesión nacional¹. No es casual que Arturo Alessandri Palma tenga –en la década del veinte– como propuesta política “hacer la Reforma para evitar la Revolución”.

En el plano intelectual la mayoría de los discursos letrados recurren a un lenguaje científicista, a un campo metafórico de corte biólogo o evolucionista, en que se concibe a la nación como un organismo corpóreo y vivo, en que a menudo se la equipara a raza o se acude simbólicamente al concepto de mestizaje en su dimensión de integración no conflictiva. Campea el positivismo, el pensamiento biológico y organicista, corrientes como el darwinismo social, las ideas eugenésicas y también –en sectores medios y populares– la tematización de la lucha entre el capital y el trabajo. En el imaginario del mañana predomina la idea de la industria y de la minería más que de la hacienda.

Durante el período se producen también algunos hechos socio-históricos que inciden en el imaginario de país. En 1883 culmina la mal llamada “pacificación de la Araucanía”, fenómeno que en 1866 se articula como política de Estado cuando en 1866 el Congreso aprueba una legislación para regular la ocupación de la zona, combinando una estrategia legal y militar². Luego de ganar la Guerra del Pacífico y de ocupar Lima entre 1879 y 1884, el país oficial se vanagloria de haber establecido soberanía en todo el territorio, tanto en el sur como en el norte. La prensa y los letrados alaban el rol desempeñado en la guerra por los sectores populares, cuyo icono es el sufrido, valiente y nunca bien ponderado *roto chileno*. En 1891 la elite se divide en una guerra civil que produce una grieta en el liberalismo y en el dominio oligárquico. En 1910, a pesar de la muerte de más de un Presidente, se celebra con cierta pompa el primer Centenario de la República, son años en que a la vez se activa el discurso de la excepcionalidad del país en el concierto latinoamericano. Se trata de hechos que alimentan un clima intelectual y un imaginario de la nación que revela que esta no está constituida solo por territorio, sociedad y gobierno, sino también por un imaginario que va cambiando sus ejes de

¹ No es casual que Arturo Alessandri Palma tenga –en la década del veinte– como propuesta política “hacer la reforma para evitar la revolución”.

² José Aylwin Oyarzún, “Antecedentes histórico-legislativo de la política del Estado chileno para con los mapuches” <http://www.2.estudios indigenas.cl/trabajados/legislativo.pdf>.

articulación. Se hace patente un nacionalismo diferente al nacionalismo fundacional decimonónico. Un nacionalismo que ensancha el imaginario de la nación de cuño liberal y republicano. Un nacionalismo que tensiona la óptica homogeneizadora y la autoconciencia de una elite que se identifica como culturalmente europea y que percibe la diversidad como un obstáculo para la construcción de una república culta y civilizada, fenómeno que hemos examinado en detalle en nuestra *Historia de las ideas y la cultura en Chile*³.

Vinculado a este contexto se conforma un enrejado interpretativo que opera en la recepción de *La Araucana*. Una recepción que incide en la historiografía literaria y en la chilénización de la obra en su contenido y edición como libro. También en un incipiente nacionalismo musical que se nutre en el poema de Ercilla. Asistimos por último a una mirada que lee y discute su valor como insumo para la ciencia, y a una lectura que concibe al poema como base étnica de la nación y de una supuesta “raza chilena”. Nos proponemos examinar cada uno de estos aspectos.

MENOSPRECIO Y ALABANZA

El menosprecio del mundo araucano se hace patente durante las décadas de la pacificación de La Araucanía. Son años en que en la prensa y en el Congreso proliferan visiones negativas: se habla de indios salvajes que realizan malones, que secuestran a mujeres, que roban ganado y matan a campesinos, en ese contexto se realza a los personajes de *La Araucana* y se dice por aquí y por allá que –a diferencia de los héroes ercillanos– los mapuches actuales se han transformado en una horda de sanguinarios que imparten el terror, visión que está presente incluso en el pensamiento liberal⁴. Se trata de justificar lo que la historiografía contemporánea ha demostrado que lejos de haber sido una “pacificación” fue una asonada militar que terminó jibarizando el territorio mapuche, en beneficio del fisco y de una política de colonización interna en pro de colonos europeos.

En su *Memorias de la Campaña de Villarrica*, el militar Francisco Antonio Subercaseaux Latorre (1883) da cuenta de los numerosos batallones que participaron en la “pacificación”. En el prólogo Vicuña Mackenna afirma que se trata de “comarcas incultas que la civilización va quitando al indio día por día” (p. 9). Son, según F. Subercaseaux, de “tierras vírgenes” que “eran hasta ayer el santuario impenetrable de la altivez e independencia araucana (1883, p. 179). El militar se refiere a un parlamento en que el cacique Saturnino Epulef recuerda que “sus mayores... habían sido los más esclarecidos patriotas, peleando “por su suelo hasta vencer a los huincas”. Según este

³“Tiempo histórico nacional e integración”, en *Historia de las ideas y la cultura en Chile. Desde la Independencia hasta el Bicentenario*, Volumen II, 211-219, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 2011.

⁴ En el Congreso unas pocas voces discordantes de liberales y radicales plantearon críticas a la estrategia del Estado, solo testimoniales.

legendario cacique las hazañas de sus predecesores estaban escritas “en un gran libro... como timbre de gloria y de honor... que había sido arrojado al fuego, “consumiendo las llamas... su encumbrada prosapia” (p. 119), (se refiere sin duda a *La Araucana*)⁵.

En la primera década del siglo XX el ensanchamiento de la imagen de la nación a que nos hemos referido opera en una doble dirección: incluyendo la diversidad, pero en paralelo excluyéndola, por una parte reconociendo o realzando actores diversos antes invisibles o denostados (el indio, el roto, el huaso, el obrero)⁶ y, por otra, promoviendo un discurso hegemónico que integra y oculta esa diversidad con un criterio asimilacionista, que vislumbra un país homogéneo de estirpe europea. Una postura, por tanto que, desde la sociedad mayor, reconoce la alteridad con un ojo, para negarla, subsumirla o descalificarla con el otro. Un sí y un no. En un artículo publicado en *El Mercurio*, meses antes de la celebración del primer Centenario de la Independencia, con óptica civilizadora se afirma que Chile es el único país de América Latina en que la raza autóctona no ha degenerado:

El araucano es –dice Eulogio Robles– un hombre que tiene en sí elementos aprovechables para la civilización... han ascendido inmensamente en el camino de la civilización... cualquier observador se podrá convencer que en muy poco tiempo más se consumará en el territorio en que viven la misma fusión de razas operada en el resto del país, así el araucano habrá terminado su misión en nuestra historia nacional (Robles, 1910).

HISTORIOGRAFÍA LITERARIA Y NACIONALISMO EDITORIAL

En el siglo XIX, en los inicios en Chile de la historia literaria, Adolfo Valderrama (1866) incluye a *La Araucana* en su bosquejo de la poesía chilena, señala sin embargo que durante la Colonia toda la poesía fue imitativa a diferencia de la de los años de la independencia en que fue original, aunque deficiente en lo artístico. Afirma que la obra de Ercilla ha sido exageradamente en la medida que como obra chilena carece de originalidad y responde a modelos foráneos.

José Toribio Medina cuando apenas cumple 26 años incursiona en el género historiográfico y publica en 1878 su *Historia de la literatura colonial de Chile*. De las 450 páginas del primer volumen dedica casi la mitad a Alonso de Ercilla y *La Araucana*. Con mirada impresionista e interpretación biográfica de la obra, la nacionaliza al sostener que su autor “más que ninguna otra cosa, se propuso... la ordenación de los hechos

⁵ Jorge Pinto (1991), “Morir en la frontera. La Araucanía en tiempos de Balmaceda” en Luis Ortega (editor). *La guerra civil de 1891, 100 años hoy*, Santiago, Ediciones U. de Santiago, págs. 127-154; “Los mapuches fueron mostrados como un grupo que ponía en peligro al país... intervenir sus tierras, doblegarlos y someterlos al imperio de la ley chilena era deber de todo pueblo que se negara a desaparecer o a someterse a la barbarie. El dilema era Chile o los indígenas” (p. 132).

⁶ Literatura y pintura costumbrista, criollista y de denuncia social.

históricos acontecidos en Chile hasta su salida del país” (Medina, 1878, p. 26). A Ercilla afirma “no se le habría ocurrido el poema sin su experiencia en Chile, ocurrió en Chile, esa realidad le despertó el estro por lo tanto es (un) poema épico chileno” (p. 31). Lee la obra desde la biografía del autor, considerándola como una crónica rimada de su experiencia personal. Señala incluso que ciertas modificaciones entre la primera y segunda parte se deberían a cambios en el ánimo del autor, cambios que lo habrían desviado de su propósito central. Según Medina enfrentado a los araucanos “sintió el poeta en su interior que esos guerreros oscos pero valientes i esforzados no era fácil reducirlos, i que la noble empresa en que se hallaban empeñados era digna de celebrarse i de transmitirse a la posteridad” (p. 4).

Ercilla no era poeta todavía –dice– cuando viajó a Chile (solo se le conocía una Glosa, conservada en el *Parnaso Español*). Se hizo poeta a partir de su participación en la guerra de Arauco, la que despertó su dormido genio poético. Todo lo que se sale de esa experiencia se distancia de su propósito y por lo tanto sobra, como sobra la irrupción del tema amoroso o episodios como el de la Reina Dido. Se trata de incidentes extraños al hilo conductor, que se deberían –dice Medina– a reminiscencias de un infortunio amoroso experimentado por Ercilla en España, despecho que explicaría su voluntad de alejarse de la Corte y viajar a las Indias. En síntesis, la obra de Ercilla “tiene para el pueblo chileno, como también lo decía Bello, el gran mérito de haber hecho de él el único hasta ahora de las naciones modernas, cuya fundación haya sido inmortalizada con un trabajo semejante; i como agrega Quinet, refiriéndose a Chile, Ercilla es su poeta” (p. 30). De allí, que a pesar de que Medina lee a *La Araucana* básicamente como un documento histórico, tanto Andrés Bello como él señalan que se trata de una obra fundadora de la literatura chilena.

Medina se entusiasmó muy joven con la figura de Ercilla a cuya vida y obra dedicó más de cuarenta años, culminando con la magistral edición de *La Araucana*, en homenaje al Centenario⁷. Trabajo que según un académico norteamericano dio origen al concepto de “épica chilena”, dando lugar desde la década del cuarenta a varias tesis de doctorado (Manchester, 1969). La chilenización del poema por Medina fue criticada por Benjamín Vicuña Mackenna (1933) en un discurso en que se refiere al manuscrito de su *Historia de la literatura colonial* de Medina, texto que le correspondió evaluar antes de ser publicado por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile. Valora su mérito y lo considera digno de recibir el premio del que fue jurado, pero problematiza el hecho que se la lea como “chilena”:

⁷ José Toribio Medina. *La Araucana de Don Alonso de Ercilla*, Edición del Centenario, en cinco tomos, ilustrada con grabados, documentos, notas históricas y bibliográficas y una biografía del autor. 2577 páginas., Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1910-1918.

¿Podría sostenerse –pregunta– que *La Araucana* de aquel caballero vizcaíno, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, paje de Felipe II en Londres, camarero del emperador Rodolfo de Viena, es una obra de la literatura chilena?⁸

Fiel representante del nacionalismo republicano decimonónico, Vicuña Mackenna fue uno de los más fervientes impulsores de la mal llamada pacificación, no es extraño que de paso en su discurso critique la excesiva y –según él– poco merecida fama del poema, en una frase ambigua en que no queda claro si se refiere a algunos héroes o a la obra misma (Vicuña Mackenna, 1933, p. 8).

A partir de los juicios de Medina, en el contexto de un nacionalismo épico post Guerra del Pacífico, el camino estaba pavimentado para la empresa editorial que llevó a cabo el político radical Abraham König (1846-1925). Abogado, ministro de guerra de Balmaceda, diplomático y varias veces miembro del Congreso Nacional, König realizó una edición de *La Araucana* en que dejó afuera todos los aspectos europeos de la obra⁹, reduciendo los 37 cantos del original a 32. Expurgó las batallas de San Quintín y de Lepanto y las historias de la reina Dido y de Belona, entre otras. Publicada en 1888, *La Araucana de Don Alonso de Ercilla*, se presenta como una “edición para uso de los chilenos con noticias históricas, biográficas i etimológicas puestas por Abraham König”.

Ningún lector chileno –escribe el editor– se quejará de estas omisiones, que contribuyen a dar unidad e interés a la acción desarrollada en el poema. Eliminando lo que es inconducente, se consigue además, otro propósito, que he tenido en vista desde el primer momento: hacer de *La Araucana* un libro exclusivamente chileno. Las supresiones . . . no amenguan su mérito histórico o literario. La parte útil y bella se ocupa de Chile, lo demás es mediocre i accesorio (De Ercilla, 1988, Introducción IX).

König está convencido –como señala Ariadna Biotti– que su edición contribuirá a la educación pública, y que ha transformado el libro en un instrumento que posibilite el progreso de la sociedad civil, “nacionalizarlo –dice– implica juzgar que vale y que no”, reconocerlo como acta de bautismo de la nación (Biotti, 2010, p. 225).

“Qué España nos perdone” (Rojas, 1997), escribe König. Fue perdonado solo a medias. Marcelino Menéndez Pelayo (1913), alude a la ignorancia del editor cuando crítica su afirmación respecto del maltrato que habría experimentado Ercilla en sus últimos años por parte de España y de Felipe II, condenándolo a vivir en abandono y miseria. “Singular pobreza era la suya”, ironiza Menéndez Pelayo, luego de revisar su testamento: Ercilla al fallecer en 1594 tenía a su servicio doce personas, entre pajes,

⁸ Benjamín Vicuña Mackenna: *Estudios sobre la literatura chilena del coloniaje (1541-1810)*. Discurso que se refiere a la primera parte de la obra de Medina presentada a un concurso en la Universidad de Chile, con el seudónimo de Robinson Crusoe. Publicado inicialmente en 1876, reproducido en *Anales de la Universidad de Chile*, 11, julio-septiembre, Santiago, 1933, 4-16.

⁹ Ariadna Biotti realizó su tesis de doctorado sobre este tema en Francia bajo la dirección de Roger Chartier.

criados, lacayos, mozos de plaza, una dueña y su hija, a los que dejó una cantidad significativa de ducados y reales. Legó también una suma considerable a sus sobrinos, a un convento y a obras piadosas.

En 1910, a propósito del Centenario, hay dos hechos que indican de alguna manera la mirada oficial de España ante la chilenización de *La Araucana*. Uno es la edición de la obra patrocinada por la colonia española residente en Chile, que lleva un paratexto en la tapa que lo dice todo: el escudo chileno. En el prólogo el sacerdote Adolfo Echarte Ramírez, miembro del Comité Editor, describe a Chile como “el pueblo más noble, generoso, altivo y belicoso de cuantos forman el mundo de Colón... Es el único –dice– que en su génesis tuvo digno cantor de sus homéricas hazañas en el inspirado vate y valeroso capitán Alonso de Ercilla y Zúñiga”¹⁰. Paralelamente la colonia española erigió un monumento en bronce al poeta, en que aparece sentado, y tras él, de pie, una figura femenina que simboliza la libertad y la independencia. El otro hecho es el libro *República de Chile*, publicado en Madrid, en 1911, como homenaje al Centenario de la República. El autor es el comandante de infantería del ejército español Ángel Morales Reynoso, que viajó a Chile con ocasión de la festividad. La publicación reseña el país en términos de su industria, comercio, arte, literatura, ejército y armada, al final reproduce varias estrofas de *La Araucana*, reconociendo de manera implícita su identidad chilena, como una obra en que confluyen España y América (Morales, 1911).

Un documento que testimonia también la nacionalización del poema como libro es el registro de una ceremonia de homenaje al presidente Teodoro Roosevelt con ocasión de su visita en 1913 a Chile. Oportunidad en que estuvo presente la *Sociedad Chilena de Historia y Geografía*, que documentó la ceremonia en un número de su Revista de 1914. En esa publicación Moisés Vargas reseñando el pasado histórico del país se refiere al pueblo araucano cantado por Ercilla, señala que es factor decisivo en la formación de un alma nacional de nuestro pueblo. Califica a Ercilla como el cantor de las proezas de ese pueblo, *La Araucana* –sostiene– es el ... primer libro de los hijos de este país en las escuelas y fuera de ellas. Las cualidades que representan los personajes del poema son el esfuerzo, sobriedad, rudeza, valentía, temeridad y templanza, modos que según Vargas deben servir de ejemplo para el progreso del país¹¹. Como corolario de la ceremonia y respuesta, el presidente Roosevelt se dirige al público, luego de agradecer las atenciones recibidas declara ser un conocedor de los araucanos, he “leído –dice– el notable poema de Ercilla. Conozco el carácter sobresaliente del indio araucano”, y estoy de acuerdo –señala– que Chile “es producto de la mezcla de la raza viril de los conquistadores y la de los valerosos indios que fueron los primeros pobladores de este suelo” (Pinto, 1991, p. 32).

¹⁰ *La Araucana de Alonso de Ercilla*. Edición especial dedicada a la juventud de Chile, en el Centenario de su Independencia Nacional, publicada por la colonia española. Bajo la Dirección del R.P. Adolfo Echarte Ramírez, Escolapio, Santiago de Chile, Imprenta Barcelona, 1910, p. 2.

¹¹ Discurso de Moisés Vargas en *Revista Chilena de Historia y Geografía* (Pinto, 1914).

NACIONALISMO MUSICAL

Un claro indicio de la apropiación nacionalista del poema es también lo ocurrido en el terreno de la música docta, en la ópera. En las últimas décadas del siglo XIX el espacio de la música culta estaba dominado por el género lírico y por compositores clásicos y románticos europeos, por compañías líricas extranjeras, sobre todo italianas, que venían al país en el segundo semestre de cada año. Acudir al teatro Municipal era una ocasión para exhibir la distinción social. Hasta el templo del *bel canto* llegaban familias completas en carruajes o coches de posta con escudos de plata. Según la revista *La escena* (6-10-1893), el Municipal fue el teatro del “*grande monde*, de la *highlife* y de la *jeunessedoree*”, un espacio donde se exhibía la pertenencia aristocrática. Para los sectores sociales emergentes quedaban la zarzuela y los juguetes cómicos que se daban en teatros como el Politeama y el Romeo en Santiago, o en el Nacional y Odeón, en Valparaíso.

En las primeras décadas del siglo XX se advierte un nacionalismo musical. En este afán se escriben dos óperas de tema araucano, *Lautaro* compuesta por Eliodoro Ortiz de Zárate (1863-¿?) estrenada en 1902 en el Teatro Municipal, y *Caupolicán* (1902) de Remigio Acevedo Gajardo (1863-1911) de la que solo se estrenó en 1902 el primer acto, (completa fue estrenada en 1942).¹² La ópera *Lautaro* es parte de una trilogía que su autor tituló, de manera significativa, *La Araucana*. Según el libreto estaría compuesta de tres óperas: *Lautaro (La Conquista)*, *Quintrala (La Colonia)* y *Manuel Rodríguez (La Independencia)*. El carácter nacionalista se hace evidente al constatar que el compositor se proponía un tríptico en que la obra de Ercilla es la piedra basal que sostiene la construcción de la nación. Se inicia con un protagonista indígena, para llegar luego por un proceso de colonización a la independencia. Ortiz de Zárate solo compuso y logró estrenar la primera pieza de la trilogía, debido quizá a una crítica adversa que destruyó a su ópera *Lautaro*. El compositor que había estrenado en 1895 con cierto éxito una ópera italianizante (*La florista de Lugano*) pasó de ser una promesa a ser objeto de burla en el ambiente musical, lo que era esperable considerando que una ópera de tema indígena y araucano se apartaba de la tradición y del *glamour* que simbolizaba el género lírico en la sociabilidad de la época.

Los personajes de la ópera de Ortiz de Zárate, además de Lautaro, son Guacolda, Pedro de Valdivia, Colocolo y fray Rodrigo González. En lo musical combina sonoridades y ritmos araucanos y occidentales. Ambas óperas toman personajes y episodios de la obra de Ercilla, en *Caupolicán*, como señala Miguel Farías, el propio poeta es un personaje. Episodios como la traición al toqui, su muerte, el rol del negro que

¹² Eliodoro Ortiz de Zárate *Lautaro, drama lírico en tres actos*, Teatro Municipal, 1902. Remigio Acevedo Gajardo *Caupolicán. Tragedia lírica en tres actos y 8 cuadros*, libreto de la ópera publicado en 1942, con ocasión de su estreno en el teatro Municipal.

debía ajusticiarlo y la actitud de Fresia que lo desprecia, están tomados casi de manera literal (incluso en términos de lenguaje y rima) de *La Araucana*. En ambas óperas la patria corresponde a Arauco y al pueblo mapuche (Farías, 2019). Ambas valoran al indígena como sujeto que integra la nación. Ensanchan el imaginario de lo chileno, a partir de una lectura nacionalista de *La Araucana*, que visibiliza al mapuche en una perspectiva que reconoce la diversidad pero que musicalmente y en términos sonoros conjuga acordes nativos y occidentales, lo que conlleva la idea de mezcla, de mestizaje. En el campo de la música docta este nacionalismo se prolongará en décadas siguientes en compositores como Pedro Humberto Allende (“Escenas campesinas”), Carlos Lavín (“Cadencias tehuelches”, “Lamentaciones huilliches”) y Carlos Isamitt (“Friso araucano”).

ARAUCANISMO CIENTÍFICO

A fines del siglo XIX y comienzos del XX se dio en Chile una corriente de intelectuales y letrados influenciados por el positivismo, por el darwinismo social y el evolucionismo, y por pensadores como Darwin, Claude Bernard, Herbert Spencer y Gustav Le Bon. Nos referimos, entre otros, a Diego Barros Arana (1830-1907), José Toribio Medina (1852-1930), Nicolás Palacios (1854-1911), Aureliano Oyarzún (1858-1947), Tomás Guevara (1865-1935), Luis Thayer Ojeda (1874-1942), Tomás Thayer Ojeda (1877-1960) y algunos estudiosos europeos vecindados en Chile como Rodolfo Lenz (1863-1938) y Ricardo E. Latcham (1869-1943). Intelectuales y letrados imbuidos de la ciencia como modelo de conocimiento (observación, registro, mapeo, descripción, análisis y clasificación), un modelo que debía aplicarse no solo a lo físico o biológico, sino también a los fenómenos sociales e históricos, al lenguaje y a los productos del espíritu. Para todos ellos “lo araucano”, en sus diversos aspectos, era un objeto privilegiado de estudio, y debía ser abordado desde una perspectiva científica y con urgencia, pues sus costumbres y peculiaridades autóctonas tenderían a desaparecer en la medida que avanzase el proceso de mezcla y civilización. Todos ellos, salvo Rodolfo Lenz, eran autodidactos y carecían de formación profesional en las ciencias sociales y antropológicas, disciplinas a las que contribuyeron pero que aún no se enseñaban ni estaban formalizadas académicamente en el país. Los *araucanistas*, debido a la inexistencia de esos espacios especializados, desarrollaron sus actividades en museos, gabinetes, sociedades científicas o en revistas vinculadas a la historia natural (Mora y Vásquez, 2018).

Entre los araucanistas la obra de Ercilla fue leída como un documento histórico fundamental, se la consideró como registro de los primeros antecedentes escritos acerca de la población nativa que habitaba desde el Biobío hacia el sur, y, de alguna manera, como la voz de esos habitantes. Ercilla fue el inventor del gentilicio “araucano” que dio pie a la denominación de *araucanismo* entendido este como un saber experto de los *indios*

araucanos, conocimiento que los letrados e intelectuales se empeñaban en construir¹³. Entre ellos *La Araucana* fue un tema de debate en dos discusiones: por una parte, se debatió su valor como fuente histórica con valor científico, y por otra, fue utilizada por algunos estudiosos para argumentar la tesis de la homogeneidad racial de los pueblos prehispánicos en Chile, pero también, desde otro ángulo, hubo quienes criticaron esa postura argumentando un mapa racial heterogéneo, fue la pugna entre posiciones monogenistas y poligenistas. Por último, *La Araucana* fue también, como veremos, fuente de un cientificismo retórico y de la invención de una supuesta raza chilena.

Tomás Guevara, uno de los araucanistas más prolíficos, aprovechó su larga residencia en Temuco como profesor y rector del Liceo, para investigar *in situ* distintos aspectos del mundo araucano. En 1910 leyó en un Congreso de Americanistas, “Elementos extraños al araucano en el poema de Ercilla”¹⁴. Antes, en 1908, publicó un estudio pertinente a la mentalidad araucana en que hace alarde de su espíritu científico, “este trabajo –dice– ha sido rescatado con intención científica”, no se trata de ensalzar –afirma– ni es propaganda “las comunidades indígenas existentes tienen sobre todo para la ciencia un valor inapreciable” (Guevara, 1908, pp. 5-6). Habría que hablar más bien de cientificismo, de un discurso ofensivo y prejuiciado respecto de la mentalidad mapuche, a quienes califica de violentos, crueles y cobardes.

Guevara analiza también la obra de Ercilla. Señala que en los personajes del poema no está presente la mentalidad araucana, entre españoles e indios no hay diferencias. En el poema –dice– no palpita la vida araucana, resulta tal vez adecuado como arte pero “carece... de valor efectivo como ciencia ...hay solo rasguños de costumbres” (p. 44). No tiene valor como “estudio analítico de una raza” (p. 46). Las facultades intelectivas, el hábito, la moral del indio no se diferencian de la de los españoles... se confunden, lo mismo piensan, sienten y obran unos y otros, se trata de una igualdad mental que altera la verdad científica. En los personajes no hay presencia de animismo, en relación con animales, pájaros y peces, tampoco se describe a la familia araucana con los rasgos patriarcales o de poligamia que según Guevara la caracteriza. Las legiones de mujeres guerreras son para Guevara una fantasía de Ercilla, también las escenas de ternura amorosa que “nos pinta la obra... entre otras la de Guacolda y Lautaro” (p. 307). Discute la verosimilitud de episodios como el de Fresia y su repudio a Caupolicán, señala que contraviene la sociabilidad araucana. Ercilla habla en varios pasajes de armas de hierro, las que todavía a mediados del siglo XVI según Guevara no eran conocidas y usadas por los araucanos. Discute además la idealización que hace

¹³ No todos los intelectuales mencionados contribuyeron al araucanismo en la misma proporción, Barros Arana, por ejemplo, publicó solo un par de artículos, otros como Tomás Guevara, Tomás Thayer Ojeda y Ricardo E. Latcham son autores de una obra considerable.

¹⁴ “Congreso Americanista, Buenos Aires, 1910, texto publicado luego en *Folklore Araucano* (1911) y en *La etnología araucana en el poema de Ercilla*, Imprenta Barcelona, Santiago de Chile, 1918, por el que citamos.

Nicolás Palacios de los araucanos como una raza sobre todo guerrera, negando su pasado agrícola¹⁵. En definitiva, para Guevara nada de lo que él ha observado en sus trabajos de campo y entrevistas está presente en *La Araucana*, la obra carece por tanto de valor etnográfico, antropológico y científico.

En una postura opuesta está Tomás Thayer Ojeda, quien destaca la importancia y valor de *La Araucana* como fuente para la sicología y la etnología. Mientras Guevara cita investigaciones de terreno y testimonios de informantes nativos, Thayer se basa en los prólogos y en fragmentos y versos de la propia obra, a los que cita con frecuencia. Señala que no se trata de ficciones poéticas sino de lo visto y lo vivido por Ercilla. Disiente también de Guevara respecto de las dotes guerreras de los araucanos, las que Guevara tiende a disminuir (Thayer, 2017a). Respecto del rol de las mujeres en la guerra, Thayer recurre al poema y a los cronistas, argumentando que las mujeres araucanas si desempeñaron un rol en los campos de batalla. Lo mismo demuestra con datos y citas respecto de que conocían y usaban las armas de metal. Destaca también la veracidad de las informaciones geográficas y topográficas de la región. A diferencia de Guevara, afirma que la obra de Ercilla es de utilidad y provecho para el estudio de la etnología y sicología de los habitantes prehispánicos del país.

Otro tema en que *La Araucana* opera como referente es la cuestión de la base étnica de la nación. En 1875 Diego Barros Arana publica en la sección “Memorias científicas” de los *Anales de la Universidad de Chile*, un mapa racial del Chile prehispánico y contemporáneo a su texto (p. 5). Sostiene que a diferencia de otros países del continente al llegar los españoles había una raza única, todos los indios que poblaban esta dilatada región –desde el desierto de Atacama hasta el archipiélago de Chiloé– formaban parte de una sola raza, a la que llama “chilena o araucana” (p. 6). Se basa en semejanzas fisionómicas y en “signos exteriores que hacen presumir la identidad de su origen” (p. 8). También en la lengua araucana, la que incluso tiene incidencia –según él– en la de los habitantes de tierra del fuego. Aunque no la nombra su argumentación se basa en la obra de Ercilla. Respecto de Chile contemporáneo sigue la tesis de la asimilación, aseverando que los araucanos como raza indígena han desaparecido, fusionándose con los descendientes de los conquistadores, de allí que la población actual del país esté en su mayoría compuesta por una raza caucásica, formada por el mestizaje de europeos e indígenas. El Chile contemporáneo “está poblado –afirma– por una sola raza en el que predomina el elemento europeo más o menos puro, i en que no se habla más que un puro idioma, el español” (p. 12). Aduciendo algunos rudimentarios conceptos etnográficos, se empeña en sostener para el pasado y el presente la teoría de una raza única como base de la nación, con argumentos que más que científicos responden a la ideología dominante que avaló la *pacificación de la Araucanía*. Sus ideas se inscriben en la teoría monogenista

¹⁵ Se refiere a Nicolás Palacios: *Raza chilena*, Valparaíso, 1904.

de los linajes humanos. Son también ideas operantes que favorecen una política de Estado de colonización europea del sur del país.

La idea de la homogeneidad racial de los pueblos prehispánicos formulada por Barros Arana va a ser defendida más tarde por Tomás Guevara (1925) en sus diversos estudios, en particular en *Chile prehispano*. Obra esta última en que Guevara dedica una sección a los “Araucanos del Norte” y menciona incluso cierta influencia araucana en las culturas del Perú precolombino. Es el discurso de la unidad racial y de la base étnica, una etnia puramente araucana primero y más tarde mestiza, se trata también de una idea dominante en las escuelas y en la enseñanza pública. El gran crítico de esa postura fue el ingeniero inglés radicado en Chile Ricardo E. Latcham, quien convivió durante cinco años con los mapuches (prefería ese gentilicio al de “araucano”). A partir de su experiencia, estudios y trabajo de campo va a sostener la tesis de la heterogeneidad racial distinguiendo características antropológicas diferentes de acuerdo con la ubicación geográfica. Niega la presencia araucana en la zona de atacama, y en La Araucanía distingue a los Moluches o gente de guerra en el norte; a los Mapuches o gente de la tierra, en las provincias de Malleco y Cautín; y en los valles andinos a los Pehuenches o gente de los pinos; y al sur, en las provincias de Valdivia y Llanquihue, a los Huilliches (González, 2014). No se trata solo de diferencias geográficas sino también etnográficas, apoyadas con observaciones de antropología física, con argumentos culturales y citas de cronistas, lo que viene a cuestionar la escuela de la homogeneidad racial defendida por Barros Arana y Guevara (Mostny, 1969). Sus planteamientos acerca del origen diverso de los araucanos implicaron también un cuestionamiento a la teoría de la homogeneidad étnica de los habitantes del país (Latcham, 1924).

Por su parte Tomás Thayer Ojeda también discute la teoría de la homogeneidad racial y la idea de un origen único de los araucanos, pero a diferencia de Latcham –que lo hizo desde sus investigaciones en terreno– Thayer Ojeda recurre al texto de Ercilla. Sostiene que según el poeta los aborígenes no constituían una sola raza sino un agrupamiento de pueblos, culturas y costumbres diversas, también con rasgos étnicos diferentes. Al respecto cita varios versos del Canto XXV en que se menciona a los Copoyapos, los Promaucaes, los Cuncos y los Puelches, señalando que en el poema estos elementos textuales perfilan diferencias físicas y de vestimenta, valoriza por esta razón vez más a *La Araucana* como fuente para la etnografía (Thayer, 1917b, pp. 137 y ss).

A partir de los debates que hemos en forma sucinta revisado se puede colegir que la obra de Ercilla, ya chilenezada, fue leída y puesta a prueba con el escalpelo de la ciencia, en años en que recién se estaban constituyendo en el país distintas disciplinas de las ciencias sociales y humanas todavía no formalizadas académicamente.

RAZA CHILENA

Nicolás Palacios (1854-1911), médico colchaguino, que había participado en la Guerra del Pacífico, publicó en Valparaíso, sin nombre de autor, *Raza Chilena. Libro escrito por un chileno para los chilenos* (1904). La segunda edición de 1918, siete años después de su muerte, incluye el nombre del autor y además al pie de la portadilla, la leyenda *Editorial chilena*. La reiteración de la voz “Chile” y “chileno” indica que en este caso el nacionalismo es una condicionante (histórica) de la raza. Implica también una puesta en escena de la emocionalidad que anima la obra: el título está concebido como dice el autor “con una lágrima en la garganta”. ¿Qué entiende Palacios por dicha raza? ¿Cómo la describe? Basándose en las teorías social-darwinistas de Gustav Le Bon y de Vacher de Lapouge, a los que cita a menudo (pero que entiende a medias)¹⁶, sostiene que la raza chilena se conformó durante varios siglos por la conjunción de dos razas guerreras de filiación patriarcal y de estirpe guerrera: los araucanos (mapuches) y los godos (conquistadores españoles). Las condiciones que han hecho posible –según Palacios– la formación de esta raza permanente y uniforme en términos psicológicos y físicos, obedecen a consideraciones de genética racial, ambas vertientes fueron razas con cualidades estables y fijas durante varias generaciones. Son las condiciones para la constitución de una raza histórica de excepción como es para el autor la chilena. La base étnica fundamental de esta raza son los araucanos a quienes caracteriza sobre todo por su carácter guerrero e indómito. El fenotipo de esta raza chilena es para Palacios el “roto”¹⁷, al que describe moralmente como valiente, guerrero, sobrio, patriota, parco y con sicología varonil. Desde el punto de vista de su fisonomía la raza abarca, según Palacios, desde “el roto rubio de ojos azules y dolicocefalo, con 80% de sangre goda” hasta el moreno de “cabello chuzo y tieso, braquicefalo, con 80% de sangre araucana”. Vale decir, el espectro total.

Palacios se nutre del mito guerrero de una raza indómita instalado por *La Araucana*, cita en forma reiterada a Ercilla y su obra, en particular en los capítulos “Etnogenia, orígenes de la sangre chilena”, “El pueblo chileno y su lengua” y “Etnografía”. Siguiendo al que califica de “inmortal Ercilla”, señala que fue el encuentro entre la raza araucana y la de los “insignes conquistadores”, ambas “de corazón i cerebro semejantes”, lo que dio origen al roto chileno (Palacios, 1987, p. 6). Racializa la psicología y psicologiza a la raza, en este sentido los valores y características básicas del fenotipo “roto chileno” provienen –según el médico colchaguino– de los araucanos, y de los araucanos de Ercilla. Cita estrofas completas del poema para referirse a esos valores (Canto XXI, estrofa 44). A Ercilla lo llama “el primer historiador chileno” (p. 38).

¹⁶ Véase al respecto Bernardo Subercaseaux “Raza chilena”, en *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Volumen II, Santiago, 2011, págs. 281-291.

¹⁷ Palacios se alistó como médico en la Guerra del Pacífico, participó en la batalla de Tacna, experiencia que lo llevó a sacralizar la figura del roto, como fenotipo de la raza.

“Espero –afirma– que no se me censure el que cite un poeta como fuente de información histórica, porque además de ser reconocida la fidelidad del autor... me habría parecido una impiedad, en un estudio sobre los orígenes de nuestra raza, no citar al cantor inmortal de nuestros progenitores” (p. 158). El médico colchaguino describe a su obra como un “estudio de los orígenes de nuestra raza”, por tanto lee y concibe a *La Araucana* como un documento en que se perfila la base étnica de la nación.

Recién publicada la primera edición de *Raza Chilena*, Tomás Guevara, miembro reputado del araucanismo científico, hace una fuerte crítica a Palacios. Rebate –sin conocer todavía el nombre del autor, porque la primera edición fue anónima– la significación que tuvo la población de origen goda entre los conquistadores, sin conocer todavía el nombre del autor (la primera edición fue anónima) arguye que las ideas de Gustavo Le Bon fueron mal apropiadas por su autor y que el intento de establecer una raza chilena con progenitores araucanos y godos, puede tal vez obedecer a un propósito noble y patriótico, pero a fin de cuentas es producto de equívocos y fantasías carentes de base científica. Le llama también la atención el marcado antisemitismo de la obra y el odio a los negros (Guevara, 1905).

En el contexto de un nacionalismo que desde una perspectiva organicista requería una integración simbólica, el concepto de raza, con óptica totalizadora, como la que describe Palacios para su *Raza chilena*, resultaba en particular adecuado en términos de un imaginario de cohesión nacional, aunque careciera, como fue el caso, de todo fundamento y menos aún de rigor científico. La constitución de un nuevo “nosotros” en el discurso de la “raza chilena” vino a afianzar –esta vez con un aire de sapiencia– el mito de la homogeneidad de la nación, reiterado una y otra vez en los relatos decimonónicos de la identidad nacional.

Se podrían escribir páginas y páginas acerca de los equívocos de la obra de Palacios, de hecho, hasta el propio Miguel de Unamuno, como vasco, y supuestamente descendiente de godos, le hizo una crítica demoledora. También los araucanistas como Thayer Ojeda y Latcham, que sostenían a base de *La Araucana* y a investigaciones etnográficas y arqueológicas, una heterogeneidad en el mapa racial chileno y respecto a los araucanos. De hecho, hoy el propio concepto de raza está en completo descrédito en términos biológicos, psicológicos y científicos. Sin embargo, a pesar de ser una invención sin fundamento, la idea de una “raza chilena”, basada en gran medida en *La Araucana*, tuvo una amplia y larga incidencia, transformándose en una idea operante¹⁸. Está presente aquí y allá en la obra de Francisco Encina, quien alabó en más de una oportunidad a Palacios. De hecho, Encina en *Nuestra inferioridad económica* (1911) sostiene que nuestra raza está formada por dos elementos étnicos cruzados en buenas condiciones biológicas, que tienen una relativa unidad antropológica. Morales Reynoso, el militar español que ya hemos mencionado escribe en 1911: “La raza

¹⁸ Véase análisis detallado al respecto de Bernardo Subercaseaux *Historia de las ideas y la cultura en Chile*, Volumen II, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2011, págs 298-307.

chilena es la fusión de indígenas con españoles... el producto de la raza araucana con la gótica, en cuyas fisonomías se muestran caracteres especiales de ambas razas” (Morales, 1911). Cuando se refiere a la “raza araucana” no apunta a la descripción que hacen Latcham y Guevara de sus costumbres y tradiciones, en rigor apunta a ese colectivo tal como está perfilado por Ercilla en su poema, y después mitificado a base de sus figuras heroicas.

Un espacio significativo en que cuajan las ideas de Palacios sobre la *Raza Chilena* es el ejército, y su autoconciencia histórica como institución. En la *Historia del Ejército* de Chile realizada por su Estado Mayor en la época de la dictadura (1980), se dice “La lucha que por espacio de casi tres centurias sostuvo España con nuestros indígenas, plasmó una raza nueva con las características de ambos pueblos. La Guerra de Arauco imprimió a Chile un sello particular que se evidenció a través de su vida como nación independiente” (pp. 9-10).

Respecto de la formación del pueblo chileno, de sus virtudes y de la nación se sostiene que:

el orgullo nacional ha derivado del ancestro indígena de la raza, todas las virtudes del soldado chileno y, aun cuando se reconocen las que adornaron al conquistador español, éstas pasan a segundo plano cuando se colocan en parangón. La obra de Don Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ha sido fundamental en este aspecto y sus estrofas han servido de oración patria para levantar el espíritu chileno en momentos difíciles (p. 13).

Más adelante se habla de la formación de una raza mestiza, proceso que “contribuyó a la unidad racial del pueblo chileno. El indígena terminó desapareciendo” (p. 15). La proximidad con las ideas de Palacios y la lectura que hace el médico colchaguino de la obra de Ercilla son evidentes. Es conocido el dato que en el despacho del comandante en jefe de la institución hay un gran cuadro no de Bernardo O’Higgins, sino de Lautaro, pintado por fray Pedro Subercaseaux.

A pesar de lo farragosas y acientíficas de las mismas y de que carecen de un correlato real, objetivo (de hecho, la genética ha desvirtuado por completo el concepto de raza), la idea de una “raza chilena”, tal como la concibió Palacios, funcionó y se convirtió en una idea operante. Funciona porque integra en forma simbólica a sectores excluidos en el nacionalismo liberal decimonónico (el roto, el indio), porque imagina una ciudadanía más amplia que la ciudadanía política que involucra el concepto de ciudadano; funciona también porque asume una idea muy difundida en las primeras décadas del siglo XX: la idea de que la sociedad es un organismo análogo a la naturaleza, un cuerpo sujeto a cambios y a evolución en el transcurso del tiempo, proceso en que la idea de raza y de selección social desempeñan un rol importante. Funciona porque se presta para un nacionalismo estridente. Funciona, por último, porque le da aire pseudocientífico a la vieja ideología de la homogeneidad y

excepcionalidad del país, idea fundacional y de arrastre de la elite política decimonónica. En síntesis, funcionó porque estableció un puente entre el imaginario tradicional que desde la Independencia rescató el ancestro araucano y el nuevo imaginario de la nación.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Hemos examinado la recepción que tuvo la obra de Ercilla en un contexto socio-histórico de entre siglos, en un clima intelectual y cultural en que se advierte un nacionalismo diferente –por sus características de integración– al nacionalismo liberal del siglo XIX. A propósito de la llamada Pacificación de la Araucanía mostramos cómo el ensanchamiento de la imagen de la nación opera en una doble dirección, incluyendo la diversidad y por otra parte excluyéndola. Examinamos luego la recepción que tuvo *La Araucana* en la historiografía literaria y en el campo editorial, en un proceso de chilenización de la obra. También su incidencia en el campo musical en óperas de corte nacionalista, en que el género lírico se abre a la alteridad en términos argumentales, pero se la matiza luego en términos musicales con una óptica asimilacionista que mezcla registros sonoros. Se examina también la recepción que tuvo la obra de Ercilla en el movimiento de letrados e intelectuales que se conoce como *araucanismo científico*, y el modo cómo fue productivizada y dio ocasión a diversos debates, a propósito de lecturas que discutían su valor científico en el plano de un registro etnológico y antropológico. Por último, se examinó cómo *La Araucana* fue leída como un texto que documenta la base étnica de la nación, dando origen a la idea de una raza chilena, idea operante de amplia proyección pero carente de sustento científico.

En la medida que damos cuenta de la recepción y lecturas que tuvo *La Araucana* en un nuevo contexto finisecular, contribuyendo así al estudio de la relación entre la obra y los imaginarios de la nación, este texto dialoga con otros textos nuestros y los continúa. En primer lugar, con el que analiza las indeterminaciones semánticas y la virtualidad significativa de la *Araucana* (Subercaseaux, 2018): luego con el estudio de su recepción en su contexto de producción y en la recepción que tuvo la obra en España y Europa, desde su lectura como un poema épico español renacentista, hasta su lectura como un poema dual, de doble nacionalidad (Subercaseaux, 2020). También con un artículo que analiza la recepción del poema por el abate Molina en el siglo XVIII y la incidencia que tuvo en la estructura de su *Compendio de la historia civil del Reyno de Chile* (1795)¹⁹; y, por último, con el estudio y examen de la recepción y

¹⁹ Bernardo Subercaseaux, “Juan Ignacio Molina y *La Araucana*”, artículo aceptado por la revista *Cuadernos Estudios del siglo XVIII*, de la Universidad de Oviedo.

resemantización que tuvo *La Araucana* en el momento de la Independencia de Chile y hasta avanzado el siglo XIX²⁰.

Es oportuno señalar finalmente que este arrastre de lecturas y recepción de la obra de Ercilla se hace presente también en el siglo XX y hasta nuestros días, cuestión que analizaremos más adelante.

Agradecemos a Fondecyt que mediante el proyecto 1170306 permitió llevar a cabo esta investigación.

OBRAS CITADAS

- Acevedo Guajardo, Remigio (1942). *Caupolicán. Tragedia lírica en tres actos y 8 cuadros*, libreto de la ópera publicado con ocasión de su estreno en el Teatro Municipal.
- Aylwin Oyarzún, José (2004). *Derechos Humanos y pueblos indígenas. Tendencias internacionales y pueblo chileno*. Universidad de La Frontera.
- Barros Arana, Diego (1875). Geografía etnográfica. *Anales Universidad de Chile*, enero-diciembre.
- Biotti, Ariadna (2010). Los devenires de *La Araucana* de Alonso de Ercilla. *Revista Historia Social y de las mentalidades*, vol. 14 N°2, 217-233.
- De Ercilla y Zúñiga, Alonso (1888). *La Araucana*, edición de Abraham König. Imprenta Cervantes.
- (1910). *La Araucana*. Edición especial dedicada a la juventud de Chile, en el Centenario de su Independencia Nacional, publicada por la colonia española. Imprenta Barcelona.
- Ejército y Universidad de Chile (1980-1982). *Historia del Ejército de Chile Tomo I. Estado Mayor del Ejército*.
- Fariás, Miguel (2019). “Ópera y nación”, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
- González Pizarro, Antonio (2014). Ricardo E. Latcham, desde las observaciones etnográficas de la sociedad hasta la arqueología de las culturas originarias chilenas. *Revista Alpha*, 38, 67-88.
- Guevara Tomás (1925). *Historia de Chile. Chile Prehispánico*. Establecimientos Gráficos Balcells.

²⁰ Bernardo Subercaseaux, “*La Araucana*: un texto que genera un contexto”, en proceso de arbitraje en la *Nueva Revista del Pacífico*, de la Universidad de Playa Ancha.

- (1918). *La etnología Araucana en el poema de Ercilla*. Imprenta Barcelona.
- (1908). *Psicología del pueblo araucano*. Imprenta Cervantes.
- (1905). *El libro raza chilena y sus referencias sobre el sur*. Imprenta Alemana.
- Latcham, Ricardo E. (1924). Organización social y creencias religiosas de los antiguos araucanos. Imprenta Cervantes.
- Manchester, Paul T. (1969). Medina y la tradición épica araucana, en Maury A. Bromsen (ed.) *José Toribio Medina. Humanista de América*, Editorial Andrés Bello.
- Medina, José Toribio (1910-1918). *La Araucana de Don Alonso de Ercilla* (edición del Centenario, en cinco tomos). Imprenta Elzeviriana.
- (1878). *Historia de la literatura colonial de Chile*. Santiago: Imprenta El Mercurio.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1913). *Historia de la poesía Hispanoamericana*, Tomo II. Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España.
- Mora, Héctor y Vásquez, Rodrigo (2018). La ciencia y *lo araucano* como ideas fuerza: antropología y emergencia del araucanismo en Chile, en Héctor Mora y Mario Samaniego (editores) *El pueblo mapuche en la pluma de los araucanistas. Seis estudios sobre la construcción de la alteridad*. (pp. 22-87). Ocho Libros.
- Morales Reynoso, Ángel (1911). *República de Chile: ideas generales sobre la República Chilena; su ejército y armada; literatura; artes; industria y comercio. La Araucana de Ercilla*. Talleres del Depósito de la Guerra.
- Mostny Grete (1969). Ricardo E. Latcham, su vida y su obra. *Boletín del Museo de Historia Natural* N° 30, Santiago de Chile.
- Palacios, Nicolás (1987). *Raza chilena: Libro escrito por un chileno y para los chilenos*. Ediciones Colchagua, 3ª edición.
- Pinto, Jorge (1991). “Morir en la frontera. La Araucanía en tiempos de Balmaceda” en Luis Ortega (editor) *La guerra civil de 1891, 100 años hoy*. Ediciones Universidad de Santiago.
- (1914). *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo IX. Imprenta Universitaria.
- Robles Rodríguez, Eulogio (1910). Raza araucana, *El Mercurio*, 4-5. Santiago de Chile.
- Rojas, Waldo (1997). *La Araucana de Alonso de Ercilla y la fundación legendaria de Chile, Annales*, Facultad de Letras, Besancon, Francia.
- Subercaseaux, Bernardo (2020). Recepción de *La Araucana* en España y en Europa. Nacionalismo, canon literario y migración. *Universum* Vol. 35 N° 1, 388-419.
- (2018). *La Araucana: recepción y virtualidad semántica. Hispamérica: Revista de Literatura* N° 140, 13-24.
- (2011). *Historia de las ideas y la cultura en Chile. Desde la Independencia hasta el Bicentenario*, Volumen II. Editorial Universitaria.
- Subercaseaux Latorre, Francisco Antonio (1888). *Memorias de la Campaña de Villarica 1882-1883*, Imprenta de la Librería Americana de Carlos 2º Lathrop.

- Thayer Ojeda, Tomás (1917a). *Ensayo crítico sobre algunas obras históricas utilizables para el estudio de la Conquista de Chile*. Imprenta Barcelona.
- (1917b). *Ensayo crítico sobre algunas obras históricas utilizables para el estudio de la Conquista de Chile*. Imprenta Barcelona.
- Valderrama, Adolfo (1866). *Bosquejo histórico de la poesía chilena*. Imprenta Chilena.
- Vicuña Mackenna, Benjamín (1933). *Estudios sobre la literatura chilena del coloniaje (1541-1810)*. Discurso publicado inicialmente en 1876, reproducido en *Anales de la Universidad de Chile*, 11, julio-septiembre, Santiago.